
DOÑA QUEJODA

Dicen que los nombres tienen que ver con la personalidad de cada individuo. Por ejemplo: un hombre y su esposa en común acuerdo, le pusieron por nombre a su hijo: Jesús, para que llegara a ser un buen personaje. Pero al final, este murió sentenciado a la silla eléctrica.

Ellos no comprendieron como su hijo, fue capaz de llegar a tal grado de maldad. De lo que nunca se percataron, es que el nombre, que le habían puesto, tuvo que ver con aquel hombre llamado Jesús, que de hecho terminó como él, sacrificado en su muerte.

Otra mujer estando en su parto, ya le tenía el nombre a su hija, pues las parteras, le habían anunciado que sería una niña, y éstas mujeres poco se equivocan. El nombre que le pondría sería Virginia, con el deseo de que su hija fuera una mujer virgen toda la vida.

Al cabo de veintiún años, esta joven no pudiendo ocultar más su embarazo le dijo a su madre: — Mamá, voy a tener un bebé.

La decepción de su madre no se hizo esperar y le manifestó con un gran enojo: — No debí haberte puesto Virginia, sino perfidia.

Pasados ocho días del nacimiento de un niño, todavía se discutía que nombre le pondrían, el papá insistía que debería ser el nombre del presidente de los Estados Unidos. Y como en esa época todavía prevalecía la autoridad del varón, así quedó, con el nombre del presidente.

Pasaron algunos años, se oyó una noticia trágica, mataron al presidente de los Estados Unidos, un balazo atravesó su corazón.

La mujer que no quería ponerle ese nombre a su hijo, como si tuviera una corazonada de que algo malo le pudiera pasar al presidente, siguió con esa zozobra y a los veintiún años de vida del joven, pasó lo inesperado: ocurrió que su hijo fue abaleado y murió.

Algo muy extraño pasó: revisaron el caso y el joven murió en el mismo mes y la misma fecha del día de su nacimiento, veintiún años después y con un sólo balazo en su corazón.

Es por eso que les voy a contar esta nueva historia. La Historia de Doña Quejoda.

En un pueblo muy lejano existía una pareja muy particular, estos eran ya adultos, de más de cincuenta años de edad.

La vida para ellos era un problema, a todo le ponían pero y mantenían diciendo permanentemente: — ¡Qué joda la vida, qué joda!

¿Y cómo es posible, que apenas, a esta edad, la mujer quedó en embarazo?

Su esposo muy ofuscado decía: — Qué joda esta vida, lo que no queríamos hacer de jóvenes, lo hicimos después de viejos y en esta situación tan difícil. ¡Que joda!

Pasados los meses normales del embarazo, llegó la hora del parto, llegando al hospital la mujer fue bien recibida y sabiendo que era una persona mayor, con mucha más diligencia fue atendida.

No pasó mucho tiempo, una enfermera se acercó con una bebé en sus brazos y le dijo al esposo: — Buen hombre, esta bella y tierna dama, es su hija, aquí esta lo que Dios le dio.

El hombre la tomó en sus brazos y la besó, la enfermera le dijo: — Pásala por favor. Esto lo hizo para darle la otra noticia: — Amigo, quiero decirle otra cosa, algo pasó con su esposa.

— No me diga que la van a dejar hospitalizada? ¿Qué puedo hacer yo solo con la niña?

La enfermera le dice con voz entrecortada: — Su esposa murió en el parto.

Este hombre se sentó, y con sus manos en el rostro dijo: — ¡Qué joda la vida, que joda!

Después de llorar un buen rato, con su hija en sus brazos, le dice a la enfermera: — Mi esposa no tendrá ninguna ceremonia, de aquí será llevada al cementerio, no más protocolos para la vida.

— ¡Qué funeral más triste! Dijo el sepulturero. Ya que por no divulgar lo sucedido, nadie lo acompañó para darle el último adiós a su esposa.

Y llevando la niña a su rancho, con ella recibió consuelo.

Pasados ocho días, fue bautizada y el nombre que escogió para su hija fue el que más mencionaba para definir la vida: QUEJODA, así llamó a su hija.

Este hombre, sin pensarlo transmitió a su hija todos los desengaños que él vivía, y cada vez que él decía: — ¡Qué joda!, su hija le respondía: — ¿Qué quieres papá?

El padre de Quejoda estuvo al cuidado de ella mientras crecía y por ser una persona de muy mal carácter, los vecinos no se ofrecieron para ayudarle con su niña en los momentos difíciles.

Y siendo ella una joven de diecisiete años, muchos chicos deseaban acercársele por su belleza. El padre de Quejoda aún así, con todo su mal genio, le permitió tener novio.

Ella comenzó a ser una mujer muy hermosa, al punto que los hombres más apuestos del pueblo, querían ser novios de esta bella dama.

Pasaron sesenta galanes, con petición de noviazgo, pero cuando veían la forma de ser de Quejoda, se le alejaban y ya no querían tener nada con ella, sólo al oírla hablar y ver su brusquedad, se les quitaba el encanto de haberla visto.

Paso a paso comenzó a perder su belleza, a tal punto que los galanes que la pretendían, se avergonzaban y no querían decir que esta fea mujer había sido su novia en el pasado.

Un día trece de mayo, veintiún años después de haber fallecido su madre, su padre sintió unas punzadas en el corazón y cayendo al piso, murió.

Cuánta tristeza le dio a Quejoda al no tener a su padre, ni a su madre vivos, y decía: — ¡Qué joda la vida!

Después de varios meses, Quejoda intentó ser feliz a su manera, y no le perturbaba, que dijeran de ella lo que quisieran.

Llegó a ser un mito su historia a pesar de estar viva. Nunca quiso ser parte del modernismo del mundo, cuando llegó la energía eléctrica al pueblo, no quiso participar de ella, diciendo: — ¿Qué será mejor que un fogón de leña? ¿Para qué bombillas si la luna nos ilumina? Y todo era una respuesta simple, como lo hacían su padre y su madre.

Ella decía: — Tanta fofarachera del mundo para nada.

Los vecinos le cogieron odio, porque molestaba por todo: que los niños dañaban el jardín, los perros no dejan dormir y los gatos en el techo, etc., etc. Todos los vecinos ya le decían: Doña Quejoda. Y la miraban como a una anciana de ochenta años, diciendo: — ¡Qué mujer tan caprichosa!

Fue tanto lo que se hablaba de Quejoda, que este rumor llegó hasta el Vaticano, y mandaron un cardenal para ver si esta mujer tendría espíritus malos y así poderla ayudar.

El cardenal después de haber llegado al pueblo, fue acompañado y le enseñaron la casa de Quejoda. Ya estando allí, constató que era verdad lo que decían de esta mujer.

Observó un retrato hecho a mina que le mandó a hacer su padre antes de morir y vio, que bella mujer era ella.

Este hombre le dijo: — Mujer, ¿Por qué no usas el agua municipal? Puedes tener una llave en tu cocina. Ella le respondió: — Me gusta más el olor del agua del río. Y así, eran todas las respuestas para el cardenal.

El cardenal de una manera astuta le preguntó: — Hija, ¿Quisieras ir al cielo? Ella contestó: — Si padre, ¿Para cuándo puede ser eso?

— Primero debes intentar cambiar de vida, mejorar todo tu entorno, arreglar tu casa, el jardín y no más molestar a tus vecinos; además volver a recuperar tu belleza y dejar que te quieran. Terminó diciendo el sacerdote.

Esta mujer le dijo al cardenal: — Lo intentaré, lo intentaré.

Después de ido el sacerdote, comenzó Quejoda a mejorar la apariencia de su casa, gastó los últimos pesos de su herencia; lo que fue su casa y su jardín mejoraron en gran manera, pero su rostro ya tenía las marcas de su tragedia, las marcas de su nombre, del comportamiento de su padre y de la soledad que le dejó su madre desde su nacimiento.

Otra cosa que no pudo cambiar, fue la mala imagen que tenía ante sus vecinos, a esta mujer ya nadie la quería y mucho menos un hombre que pudiera enamorarse de ella.

Ya gastados todos los pesos para mejorar su entorno, se vio sin qué comer y buscó ayuda con sus vecinos, esto fue muy triste, nadie la quiso apoyar a causa de todo lo que sucedió, días y años atrás.

Otra vez comenzó a desilusionarse y todo volvió a ser como antes, o quizás peor, ya que ella nunca había tenido que ocupar a sus vecinos y ahora tener que recibir el desprecio.

Pasados unos años, en el pueblo se oyó un rumor muy particular.

Decían que un hombre muy especial vendría al pueblo y buscaba a una mujer con características poco comunes, debería ser fea de tal manera que no fuera codiciada por los hombres y además, que fuera una mujer virgen.

Hablaron con el alcalde, el cual recibiría una comisión por la ayuda rápida, pues sólo habría una hora después de que el hombre apareciera y escogiera entre las cincuenta mujeres.

El programa estaría lleno de muchas condiciones, pareciera que, el que lo programó, no quisiera que este hombre se casara.

Esto era un mito en el pueblo, parece ser que, en el pasado ya había sucedido porque entre las historias

mencionadas, de mitos y leyendas, este caso ya había ocurrido antes.

El alcalde recorrió todo el pueblo, con la ayuda del sacerdote asignado, y este sí conocía bien las mujeres bonitas y las feas ya que él había ido a todas las casas a llevar la comunión.

Se repartieron 50 fichas, porque esa era una de las condiciones: No podía haber ni más, ni menos de 50 candidatas, de otra manera, este hombre no podía tener su pareja para toda la vida.

Lo más extraño, es que, a Quejoda no le dieron ficho, y no porque no fuera fea, sino porque no la recomendaban por su forma de ser.

Todo estaba listo, al día siguiente vendría aquel extraño personaje, y ya todas las cincuenta feas sabían que, en sólo una hora, la vida de una de estas mujeres y su familia cambiaría para siempre.

El alcalde y el cura del pueblo ya estaban seguros de que esto sí sucedería, porque les habían pagado la comisión por adelantado, y no fue poco, pues estos dos hombres sólo con esa comisión quedaron ricos.

Además, les fue dicho que de no cumplirse todo lo planeado, las monedas de los cofres, donde estaba la comisión, se convertirían en monedas de barro.

Este fue el único programa donde a los padres no les importaba que sus hijas durmieran bien, pues querían que se vieran lo más feas posible en el evento del día siguiente, ellos decían: — Si se trasnocha no importa, entre más fea se vea, mejor.

La tarima estaba lista, decorada con lo más típico del pueblo, y ya se comenzaba a sentir el movimiento de las familias, una a una iban llegando al parque principal.

Iban subiendo las damas, una por una a la tarima y a causa de la multitud, no se percataron de que faltaba una fea.

En la entrada del pueblo, se comenzó a ver un extraño movimiento, todos gritaban: — Es verdad, es verdad, vengan y vean ¡Qué hermosa carroza y qué hermosos caballos y la guardia real.

Si sólo contarlo hace erizar la piel, como sería poder ver esto con sus propios ojos.

Todo se hizo en un estricto orden. De la primer carroza salió una mujer delgada, como un hada y un vestido indescriptible, y un charol con unos gorros de tela, subió a la plataforma, fija su mirada en las cincuenta feas, y comenzó a poner los gorros de tela, que taparían los rostros de todas las participantes. Pero algo sucedió, faltaba un gorro por poner.

Esta preciosa mujer con cabello ondulado con hermosos rizos, volteó su cuerpo, bajó las gradas de la plataforma y se dirigió a la tercera carroza, algo le comentó al que allí estaba. Se dijo el alcalde: — ¡Oh, por Dios! ¿Qué sucederá, será que perderé mis monedas de oro?

Luego apareció el hombre que había contactado al alcalde, pues solo él podía hablar con las personas del pueblo, se dirigió al alcalde para preguntarle: — ¿Por qué ha pasado esto, recuerda que sólo hay una hora? ¿Dónde está la otra doncella?

Al estar todas las mujeres feas, con sus rostros tapados, ya no les quedaba fácil saber quién era la que faltaba.

Este hombre muy frustrado, le dijo al alcalde: — ¿Qué harás?

El alcalde inmediatamente gritó a todos: — Faltó una mujer, ¿Alguien sabe de la mujer que faltó? Desesperado decía: — ¿Alguien sabe?

De pronto apareció un niño como de doce años, se le acercó al alcalde diciéndole: — Tome este ficho que le envía mi padre, mi hermana murió en la noche, al parecer pudo haber sido la emoción la que la mató.

El alcalde cuenta lo sucedido a aquel hombre, el hombre de la carroza le dice: — Si fue por la muerte todavía hay

esperanzas de boda, busca otra fea, todavía quedan cuarenta minutos.

El sacerdote le dice al alcalde: — ¿Tú invitaste a Quejoda?

Él le dice: — No padre, no lo hice porque Quejoda es una mujer muy problemática, y quizás se nos tiraría en el programa.

El sacerdote le dice: — Ve pronto por ella.

Fue mucha la carrera para llegar a casa de aquella mujer, el alcalde le dijo: — Quejoda, tienes una hermosa oportunidad, de que tu vida cambie, y además que se te arreglen tus problemas, ven pronto y conocerás al hombre que te puede hacer feliz.

Ella le dijo: — Yo no voy por allá, yo no entiendo nada de lo que usted dice. Y se dirigió a su fogón de leña.

Estos hombres se miraron como perdiendo las esperanzas, sabiendo que el tiempo se les acababa, el alcalde le dice al oído a uno de los que habían venido con él para acompañarlo: — Te doy mucho dinero si me llevas a esta mujer a esa plataforma.

No lo pensó dos veces, agarró a Quejoda de la cintura y se la puso en el hombro, dirigiéndose adonde se llevaría a cabo el gran evento, corriendo, mientras pataleaba,

Quejoda y golpeándole la espalda le decía: — Suélteme, suélteme. Este fuerte hombre, corría lo más que podía.

El alcalde en el camino le explicaba los pormenores, y ella un poco turbada se fue calmando, pero no sabía lo que en su pueblo estaba sucediendo.

Llegando allí, subieron a Quejoda en la plataforma y así completaron las cincuenta mujeres feas requeridas para este programa.

Ya llevaban cuarenta minutos y sólo faltaban veinte para llevar a cabo el final del programa.

La mujer de cabellos rizados subió nuevamente a la plataforma y puso el gorro que taparía el rostro de Quejoda.

Luego, se acercan diez hermosas damas con diez platillos tejidos como de un mimbre y en cada platillo cinco hermosos vestidos, los cuales fueron puestos a cada participante.

Todas ellas se veían muy extrañas con sus rostros tapados, y al momento, sube nuevamente la mujer de cabello rizado, con una botella de cristal azul, y en ella un líquido, y... Antes de rociarlas, el hombre que sólo podía hablar a la multitud, interrumpió y dijo: — El líquido será rociado y la mujer que no sea virgen se incendiará, además si esto ocurre, no podrá haber boda.

Así se hizo, la mujer con la botella en la mano comenzó a regar el líquido encima de la cabeza de cada una, hasta llegar a la cincuenta, ninguna de ellas se incendió, por lo cual se comprobó que todas las cincuenta eran vírgenes, y así esta prueba, también fue superada.

Se dio señal al hombre de la carroza principal, esta fue dirigida hasta el frente de la plataforma, le abrieron la puerta. Este hombre enigmático puso sus pies en el camino, se dirigió paso a paso subiendo las gradas de la plataforma, con su rostro cubierto. Las personas del pueblo todavía no podían creer lo que sus ojos veían.

Este hombre con su rostro tapado, comenzó a contar una por una de las cincuenta candidatas, y luego hizo que todas se mezclaran y así ningún familiar sabría quien era quien.

Luego llegó lo inesperado, puso las mujeres por parejas y deberían poner una a su derecha y otra a su izquierda.

La otra prueba era que, de todas las mujeres sólo una quedaría hermosa, después de que este hombre misterioso hiciere algo especial. Hizo una señal y al momento le trajeron un frasco con incrustaciones de diamantes y un líquido azul.

Luego lo comenzó a rociar sobre la cabeza de cada una de las elegidas, y recorriendo todas las cincuenta, vertió todo el líquido azul de su botella.

El hombre que podía hablar, nuevamente interrumpió, y dijo: — Callad todos, porque ha llegado la hora esperada: La mujer que coincida con la belleza del cambio, esa será la princesa, que acompañará al príncipe toda la vida.

Luego el hombre dejó de proferir palabras.

El hombre con el rostro cubierto, se dirigió a las dos primeras mujeres, las puso en frente, les puso las manos en la cabeza, como se había indicado, y luego destapó un poco su rostro, y lo dejó ver a las dos mujeres, ellas sin quitarse el protector, lo podían ver.

Luego las mujeres se pusieron las manos en sus bocas, de la sorpresa de ver el rostro más horrible que se haya visto. El hombre les preguntó: — ¿Se casarían conmigo? Las dos a una contestaron: — No, jamás. Y bajaron corriendo hasta la multitud.

Así se hizo con las otras veinticuatro parejas, estas mujeres feas no esperaban que su galán llegara a ser tan horriblemente feo.

Sólo quedaba una pareja. El hombre que solamente hablaba al público, volvió a interrumpir, y dijo: — Este

hombre para poder ser príncipe, sólo le falta poner las manos en ellas y si pone la mano derecha en la que ha cambiado, y ella lo acepta, será el príncipe y ella su esposa. Y reitera: — Sólo quedan dos minutos para que se cumpla el tiempo asignado. Y no habló más.

El hombre horrible se dirigió a aquellas dos mujeres, con su mano derecha eligió a una y con su mano izquierda eligió a la otra y poniendo las manos en las cabezas de ellas, destapó su rostro y les preguntó: — ¿Te casarías conmigo?. La de la mano izquierda, cuando lo vio grito de horror, y dijo: — ¡No! Y bajó corriendo las gradas.

Faltando pocos segundos la de su lado derecho le contestó: — Si, acepto.

Quedaba la zozobra de saber si era la que había cambiado.

Él levantando su protector, cuán sorpresa se llevó cuando la vio: La mujer más hermosa que se haya visto en la vida, pero ella aún no lo sabía, pues no veía su rostro.

Se acercó nuevamente la mujer de cabellos rizados, con otra vasija con incrustaciones de diamantes y de color azul y regó líquido que había en la botella, sobre la cabeza del hombre feo, pasados unos segundos le quitó el gorro protector, y cuán sorpresa cuando apareció el hombre más apuesto que jamás se haya visto.

Luego en una esplendorosa bandeja trajeron dos coronas, una para el príncipe y una para la princesa, la mujer de entalle delicado y de cabello hermoso, tomó una corona y la puso en la cabeza del varón y le dijo: — Ya eres príncipe y se acabó tu hechizo.

Y poniendo la corona a la mujer, le dijo: — Eres la princesa, la mujer más afortunada del mundo, serás la más bendecida de todas y todo lo malo que te rodea no aparecerá más; y para que esto se selle debes besar al príncipe y que él te bese a ti.

Así se hizo con un gran abrazo y un beso, se selló este compromiso.

Algo no muy común sucedía a todas las mujeres que habían rechazado al príncipe: no se podían quitar los protectores. Todavía no se sabía en qué familia había quedado la afortunada. Algo más extraño les pasó a todas las cuarenta y nueve invitadas: — Se les cambió la voz y aún el calzado tampoco se lo podían quitar.

Luego el príncipe le dijo a su amada: — Pídeme lo que quieras, que yo te lo daré. Ella le dijo: — Te pido que si los padres permiten, y ellas lo desean, todas estas mujeres feas sean mis doncellas y me acompañen en el tiempo que me quede de vida.

El príncipe dijo: — Así se hará.

Consultaron con las familias y con ellas aparte, y todos aceptaron después de saber que sus hijas serían felices.

La mujer que vació el líquido azul en la cabeza del príncipe, hizo una señal con su mano derecha, y le entendieron fácilmente, le trajeron cuarenta y nueve frascos con un líquido de color rosado y lo regó en las cabezas de cada doncella, uno para cada una.

Luego el príncipe le dijo a su princesa: — Destapa sus rostros.

La princesa así lo hizo, cuán sorpresa se llevó cuando estas mujeres que antes eran feas, ahora eran las más bellas del pueblo, exceptuando a su majestad. La princesa le dijo a su amado: — ¡Qué buen detalle me has hecho!

Aparecieron más carrozas hermosas para llevar a las doncellas, las pusieron al lado izquierdo del camino mirando al pueblo, luego se dejó ver una majestuosa carroza sólo para dos personas. No había una más hermosa que esa, y sólo la podían utilizar el príncipe y la princesa. La carroza se hizo para inaugurar el día que el príncipe pudiese tener su princesa.

Luego aparecieron cincuenta baúles y los pusieron en las manos de cada familia, exceptuando uno. Estos baúles contenían muchas monedas de oro para que las familias de las doncellas nunca tuvieran necesidad.

El príncipe preguntó: — ¿Por qué faltaba entregar un baúl? El alcalde le respondió: — Sólo una mujer no tenía familia, era sola. — ¿Y puedo saber cómo se llama? El alcalde le respondió: — Quejoda.

El príncipe levantó la voz y pidió silencio, luego preguntó a las mujeres elegidas: — ¿Alguna de ustedes se llama Quejoda? La princesa levantó la mano, el príncipe le dijo: — ¿Tú eres Quejoda? Ella le confirmó diciendo: — Si.

Luego al príncipe le acercaron un diminuto frasco, y lo puso en manos de Quejoda, y le dijo: — Bébelo. El príncipe le manifestó: — Tu nombre nuevo de hoy en adelante, será Cielo.

Pasados unos segundos el príncipe preguntó a toda la multitud: — ¿Hay aquí alguna personas que se llame Cielo? La princesa levantó la mano y en la muchedumbre una mujer de baja estatura y vestida de andrajos y con mucha pena, levantó la mano. El príncipe le dijo: — Acércate mujer, eres afortunada. Le entregó el cofre con las monedas de oro que le correspondía a la familia de Quejoda.

La princesa dijo: — Más afortunada soy porque Dios me dio un varón que no lo puedo comparar con ninguna riqueza.

El príncipe pronunció unas últimas palabras: — Si no les molesta, llamen de ahora en adelante este lugar: EL

PUEBLO DE LAS MÁS BELLAS. En honor a lo sucedido. Así se hizo.

Luego el príncipe le dio su mano a la princesa y la montó en la carroza real, él también subió y así todos se alistaron para partir a un lugar desconocido, a medida que iban saliendo, entraban en una nube y así fueron desapareciendo una a una las carrozas.

Todo el pueblo, dirigía su mirada hacia el cielo como con nostalgia, pues no querían que esto terminara y levantando sus manos decían: — Adiós, adiós. Las lágrimas de muchos no se podían ocultar.

Otra cosa fue cuando llegaron todas las carrozas al lugar de su destino, a ese país maravilloso donde los jardines eran numerosos, era como una fantasía sólo mirar.

La carroza se posó en frente de un puente elevadizo, el cual lo bajaron con unas cadenas, y se dejó ver un hermoso palacio, todo era maravilloso. Entraron en medio de un protocolo inimaginable y estando allí, venían dos damas hermosas, y en las manos, cada una traía un cojín, y en ellos dos argollas.

El príncipe detuvo a la princesa y preguntó: — ¿Quieres casarte conmigo? La princesa le contestó: — ¿Y ya no nos casamos? El príncipe le manifestó: — Lo que viste allí, sólo

fue nuestro compromiso y estábamos en otro país, pero aquí puedes decir, si o no, y lo mismo yo.

Ella le miró a los ojos y le preguntó: — Mi príncipe, ¿Podrías tú abandonar a tu doncella el día de tu bendición? Él respondió: — Jamás. Y tú a tu príncipe después de todo lo sucedido, ¿Te negarías a él? Ella le respondió: — Jamás, ni lo pienses.

Ella le dijo: — Acepto. El príncipe puso un anillo de diamantes en el dedo anular de la princesa y ella puso una argolla de oro en el dedo del príncipe.

Luego trajeron para ellos dos coronas una de ellas para el príncipe y que desde ese mismo día él sería el rey para siempre y pusieron una corona también en la reina y así reinó esta bella pareja por toda su vida.

Todos quedaron en una gran fiesta, que duró varios días, pues en ese país llamado el país de las maravillas, ya habían pasado muchos años, sin rey, a causa de un hechizo que le hicieron al príncipe para que nunca se casara. Fueron varios los intentos que se hicieron en muchos lugares para romper el hechizo y no salían bien las cosas, cuando no fallaba una cosa, fallaba la otra. ¡Qué suerte la de este pueblo, la de las doncellas, la de Quejoda y la del príncipe.

Al cabo de los tiempos, tuvieron muchos hijos y cuidaron de no ponerles nombres que tuvieran que ver con cosas trágicas.

Fueron felices y reinó la paz y el amor.

APPO-YARCE